



temas de hoy

Novela

480 g

89 734 palabras

Cómo secuestrar a un rico

Rahul Raina



RAHUL RAINA
CÓMO SECUESTRAR A UN RICO

Traducción de Juan Trejo

Título original: *How to Kidnap the Rich*

© Rahul Raina, 2021

Originalmente publicado en el Reino Unido por Little, Brown

© por la traducción, Juan Trejo, 2021

Corrección de estilo a cargo de M. Roser Macià Alcaide

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-9998-870-2

Depósito legal: B. 7.590-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

El primer secuestro no fue cosa mía.

Los otros... sí que lo fueron.

Estaba tumbado entre una montaña de botellas marrones. Rudi también estaba en el suelo, con la cara manchada de vómito. Mi cometido consistía en cuidar de él. Rudi había estado esnifando coca, una desagradable droga sintética occidental. ¿Qué tenían de malo nuestras drogas, los refinados estupefacientes orientales tipo opio o *khat*?

Esas mierdas pijas.

La estatua de Saraswati nos observaba desde el rincón, enfadada. Podía notar la peste del incienso de alcanfor que había comprado para tapar el hedor a cerveza y a sudor y a cúrcuma que llegaba de la comida que preparaban en la calle.

El apartamento de Rudi era —¿cómo suele decirlo la gente de clase alta?— «superelegante». Pantallas planas, alfombras de seda, arte moderno colgado de las paredes. Iluminación integrada con muy buen gusto. Faltaban diez días

para la festividad de Diwali. Había un montón de regalos enviados por aprovechados, publicistas y políticos. Cestas de comida, cajas de bombones, arreglos florales, aparatos electrónicos japoneses, tarjetas de felicitación llenas de billetes.

Era una de esas tardes húmedas y cálidas en las que todo el mundo se rasca el culo y el PIB de nuestra gran nación no alcanza los objetivos marcados por el Banco Mundial.

Yo no solía beber. Pero el hecho de pasar tanto tiempo como pasaba en esa época con Rudi, vigilándolo, cubriéndole las espaldas, evitando que los periodistas lo viesan en ese estado, tenía un precio. Me sentía muy culpable por hacerlo, estaba preocupado por no poder pasar más tiempo con la mujer que amaba; bueno, lo que quiero decir es que todo aquello entrañaba unas consecuencias. Tenía que estar alerta todo el tiempo, pero justo ese día no lo estuve.

Era la una de la tarde. Tres horas antes de que se presentase el coche que tenía que llevarnos al estudio. Cuatro horas antes de que Rudi apareciese, radiante y maquillado, ante todos los habitantes de la India, en el programa de televisión más famoso de todo el maldito país, *Beat the Brain*.

Estiré el brazo en busca de otra lata con algo de beber que me espabilase. Encontré una, caliente como pis de gato, justo en el momento en que la puerta cedió hacia dentro. Vi unos brazos adentrándose en el apartamento, intentando arrancar la única bisagra que quedaba sujeta al marco.

Oí maldecir a alguien. Quise aferrarme a algo sólido para ponerme en pie. Lo único que conseguí fue que mis brazos y mis piernas se moviesen en el aire como un búfalo tumbado de espaldas.

—¡Rudi! ¡Levántate! Alguien está intentando... —dije en un susurro. Tenía la garganta seca, estéril, inútil.

Finalmente, la puerta cedió del todo, gimiendo como un tipo de cincuenta años en el gimnasio. De nuevo, intenté gritar. Mis labios se movieron en vano.

Apareció un hombre vestido como un celador de hospital, arrastrando dos sillas de ruedas. Sonrió al vernos tirados en el suelo rodeados de basura.

Me golpeó con una porra.

Grité y volví a gritar cuando noté el sabor de la sangre en la boca. Tenía una mascarilla quirúrgica cubriéndole la cara. Balbuceé inútilmente. No me defendí. No hice nada. Me ató a una de las sillas de ruedas.

Me fijé en sus dientes amarillentos. Llevaba colgado del cuello un collar de cuentas para la oración que parecían cabezas jibarizadas. Oí una voz que decía:

—Silencio o el gordo recibirá.

¿Se suponía que eso era una amenaza? Obviamente, no estaba al corriente de nuestra relación.

Rudi ni siquiera se había despertado.

A esas alturas, todavía conservaba mi dedo. Me había olvidado de ese pequeño detalle. Un poco más tarde, tuvieron que enviar una prueba de vida. ¿Qué mejor ocurrencia que enviar el meñique del sirviente de Rudi?

Me lo amputaron con uno de esos cuchillos para cortar verduras con los que se prepara la comida en los *dhabas*; uno de esos que ves en los puestos del mercado, con los que cortan grandes racimos de cilantro. Extraje una lección de lo ocurrido: si intentas chantajear a un niño para que te dé parte de sus riquezas, acabarán cortándote alguno de tus apéndices.

Echo de menos ese dedo. Era un buen dedo.

Puta Delhi. Puta India.

Voy a decir una cosa: esto no pasó como en una de esas películas. Ya sabes a qué me refiero, una de esas películas que

empiezan siendo una comedia, en plan «Shah Rukh y Preity se hacen amigos en la universidad, y justo después del intermedio todo el mundo tiene cáncer y las madres lloran por la deshonra de la familia pero finalmente celebran una boda y todo el mundo se pone a bailar y olvida sus problemas». Aquí no hay tragedia. Simplemente me cortan un dedo. Y también hay muchos secuestros.

No aparecen madres que te hagan sentir culpable. Nada de lágrimas. Ni rollos emocionales. Aquí todo es un revoltillo de principio a fin, como un plato de *khichdi*.

Todo empezó de un modo muy inocente.

Un millón trescientas mil rupias. Eso fue todo lo que conseguí. Cuatro semanas de estudio frenético y agotador, catorce horas todos los días, para que ese pequeño mocosito mimado pudiese entrar en la universidad que habían elegido sus padres para él.

Es posible que estés pensando: un millón trescientas mil rupias, Ramesh, ¡eso es mucho dinero! Eso es más de lo que ganan el 97 % de los habitantes del país, al menos según el Ministerio de Hacienda. ¿De qué te quejas?

Me quejo porque pago mis impuestos. Lo sé, una estupidez por mi parte.

Y también porque vivo al día, sabiendo que este puede ser mi último año, siempre con la sensación de estar al borde de ser descubierto, con la sensación de que cuando llaman a la puerta puede ser la policía. Y todo por un mísero millón trescientas mil rupias; lo sé, lo sé, me quejo porque me gusta quejarme, es uno de los derechos de cualquiera que haya nacido en Delhi e intento honrar mis orígenes.

Me encon-tres con ese chico; no, chiste malo, me encon-

tré tres veces con el chico, porque «encon-tres» es un chiste malísimo, aunque a Claire le hubiese encantado.

Odié su nombre desde la primera vez que lo oí: Rudi. Rudraksh. El puto Rudraksh. ¿Quién le pone un nombre así a su hijo? Los blancos *hippies* de los sesenta. Suena al vástago de una estrella de cine, uno de esos niños adictos a Louis Vuitton con un millón de seguidores en Instagram. Suena a pegamento o a producto de limpieza para el hogar: fuerte, todopoderoso, el mejor aliado de las amas de casa, por tan solo cuarenta y nueve rupias.

Los padres de Rudi tenían un coqueto apartamento cerca de Green Park; no es el barrio más deseable, pero hasta ahí habían llegado. Una zona con posibilidades, que dirían los de la inmobiliaria, para aquellos que desean ascender. Los coches allí eran Honda y Lexus, nada de automóviles alemanes.

En nuestro primer encuentro, yo llevaba conmigo una bolsa en la que se leía DeliveryFast; nadie me hacía preguntas cuando entraba en algún sitio, nadie se molestaba en atracarme, era como una señal. Fingía repartir pizza. Muy occidental. Muy chic. Por encima de mis posibilidades, como solían decir los británicos en aquellas viejas películas cuando le daban su merecido a los sirvientes indios que se atrevían a mirar con especial interés a sus virginales hijas.

El padre de Rudi era gordo y llevaba puesta una camisa con el logotipo de su club de golf. Era rico. Claro que lo era. Si eres gordo en la India es que eres rico; si eres gordo y pobre es que mientes. Lo de ser rico y delgado y vegano y tener sentido de la moral es cosa de occidentales. Su esposa solía llevar ropa de deporte ceñida color rosa; lo típico. En su casa había muchas cosas de piedra, también tapices medievales de aire mongol, tenían una ostentosa sala de oración junto a la puerta de entrada, estatuas de porcelana estilo mediterráneo

y diosas de mármol en poses insinuantes. Tres dormitorios. Tasación de mercado: cuatro millones.

Odié a aquel chaval de inmediato. La mandíbula inferior ligeramente hundida, cara grasienta, pequeños ojos porcinos. Nada que ver con el auténtico Rudraksh, el aterrador, el cortador de cabezas, el omnisciente avatar de Shiva.

Estoy siendo duro con él. ¿Sabes cuál era mi verdadero problema con Rudi? Ninguno en absoluto. Era un tipo normal. Olvidable. Dieciocho años. He visto centenares de chicos como él en los cinco años que han pasado desde ese primer momento.

—¿Y bien? —dijo el padre de Rudi. Los ojos le daban vueltas dentro de aquel cráneo de cerdo, preñado de fantasías masturbatorias sobre lo poco que pensaba pagarme.

—¿Y bien? —preguntó la madre de Rudi, como si cualquier cosa fuese mejor que lo que estaba presenciando: ya fuese discutir el estado de su matrimonio con su suegra o practicar esos ejercicios de yoga con los que los blancos sudan como si fuesen el Ganges (¿el *Ganges*? ¿Tan sibarita me he vuelto?) o, peor aún, hablar de sus esperanzas, sus miedos y sus aspiraciones.

Gracias a Dios, los preliminares fueron jodidamente breves. No tardé nada en soltar mi perorata.

RAMESH KUMAR – ASESOR EDUCATIVO. Eso es lo que puede leerse en mi tarjeta.

¿Quieres que tu pequeño retoño consiga las mejores notas, que entre en el Indian Institute of Technology y se sienta superior al resto de los mortales? Yo soy la persona adecuada. ¿Quieres que tu pequeño terroncito de azúcar alcance un puesto destacado en las juntas de empresa, inicie su inevitable carrera hacia un despacho con vistas en Wall Street o en Londres o, Dios no lo quiera, si todo va muy

mal, en Bangalore? Ya sabes a quién tienes que llamar. Cualquier tipo de examen, cualquier tipo de asignatura, en solo cuatro semanas. O te devuelvo el dinero. Y todos intentan que se lo devuelva, ni uno se queda con las ganas de intentarlo.

«Ha sacado una décima menos de lo que prometiste.»
«Solo ha podido entrar en Vassar.» «El hijo de la tía Rupa tuvo mejores resultados y el examen lo hizo por su cuenta.»
Me han dicho de todo.

Soy uno de los mejores preparadores para exámenes de Delhi; posiblemente soy uno de los mejores del mundo. Mi única competencia real son los chinos. Tiene que haber miles de tipos como yo allí, dándole un empujón a las carreras de los gordos hijos de los oficiales comunistas, siempre temiendo recibir un tiro en la nuca o ser enviados a uno de esos campos de reeducación en los que encierran a los musulmanes; o, lo que es peor, temiendo ser enviados a montar iPhones en las fábricas de Shenzhen con las redes para los suicidas.

Joder, esos tipos sí saben cómo hacer trabajar a la gente. Son el futuro. Si los hijos de los ricos de Occidente o de la India fracasan, se convierten en emprendedores sociales. Pero ¿qué pasa con los hijos de los chinos? Si sus hijos fracasan, se convierten en comida.

Nosotros, los asesores, seamos marrones o negros o amarillos, somos un efecto secundario de la asquerosa meritocracia occidental. Tenemos que existir. Engrasamos la maquinaria. Permitimos que siga funcionando este mundo cruel. Estamos allí donde se otorgan becas Fulbright y se donan fondos para investigación, allí donde se conceden subvenciones. Somos las sirvientas de los morenos que quieren conquistar el mundo.

Suelo sentarme en mi pequeño apartamento-despachopicadero de la segunda planta en Nueva Delhi y no paro de sudar. De mis pelotas han surgido gigantes de la industria, futuros líderes mundiales, presidentes. Los creé de la nada, todos lo hacemos, nuestros ejércitos esclavizando al mundo. A lo mejor algún día podamos llegar a ser alguien: también pagaremos para que nuestros hijos tengan éxito, nuestro apellido inspirará terror y la gente se arrodillará al oírlo.

Como es lógico, no les digo nada de eso a mis clientes. No les hablo de mis sueños. Son ellos los que me dicen lo que desean. Establezco un precio. Les hablo de lo poco que suponen unas pocas rupias en comparación con un confortable futuro en la compañía McKinsey o en la consultora BCG y sus afiladas miradas centellean temblando de lujuria; todo muy pornográfico. Me proponen pagarme mucho menos de lo que pido, como si fuese la pueblerina que les limpia la casa y que no ha recibido un aumento en los últimos quince años, en lugar del hombre que tiene el futuro de sus hijos en sus manos.

No intentarían joderme si llevase traje. Pero tendría que ser italiano o francés. Si llevas un traje indio son capaces de olerlo y entonces intentan joderte todavía más.

Trajes. En eso estaba yo pensando mientras el querido padre de Rudraksh, Vishal Saxena (un apellido potente y un nombre muy masculino), me miraba imaginando lo poco que le iba a costar conseguir mis servicios. Pensaba en trajes porque el rollo de la comida a domicilio estaba quedando anticuado. Tenía que renovar mi imagen. Tenía que hablar con un sastre lo antes posible.

—Rudraksh —dijo el señor Saxena.

El chico resopló ligeramente y despertó de su letargo.

—Papá, ya sabes que no me gusta que...

El padre lo miró fijamente haciéndolo callar, así de sencillo. ¿Qué me dices de los padres indios, eh? Todavía tienen lo que hay que tener, aunque una generación atrás le habría cruzado la cara por el mero hecho de haberse atrevido a abrir la boca.

El señor Saxena tenía los labios carnosos, rojos, como de actriz de cine, algo muy incongruente. Su mujer, sin embargo, no tenía labios, pero habiéndose casado con un hombre como su marido, ¿quién podía culparla por ello? Sus labios seguramente habían estado bajo vigilancia desde el mismo día de su boda.

Se movía nerviosa, como si desease que me fuese de allí lo antes posible, para así poder decirle a sus sirvientes que fumigaran el crujiente sofá cubierto con plástico en el que me había sentado.

—Rudi quiere ir a Silicon Valley, quiere dedicarse a invertir en nuevas empresas —dijo, aunque de un modo que daba a entender que el chico no quería nada semejante—. Queremos el paquete completo de los exámenes All India. Queremos que quede entre los mejores Diez Mil o tendrás que devolvernos el dinero. —Pronunció esas palabras muy lentamente, las sílabas hicieron eco por separado entre los exquisitos mármoles y todas aquellas tallas de madera inspiradas en los templos de Kajuraho, como si yo fuese un puto analfabeto.

Asentí despacio, con amabilidad. No me importaba que pensase que no era más que un subordinado.

Compuso el gesto que uno podía esperar. Condescendencia. Un gesto que parecía decir: «Ahora compramos en grandes superficies comerciales, no en Palika Bazaar. ¿Quién va hoy en día a esa clase de sitios, prima, en serio? ¿Tu marido y tú? Ah, vaya». Pero sabía perfectamente de lo que era

capaz. Su cara expresaba la superioridad natural propia de la clase media alta. En su desprecio había sinceridad. En este país, tienes que ser muy precavido con expresiones faciales que muestran una cosa pero deberían mostrar otra distinta. Si ves a un inspector de policía, o a algún otro servidor de la ley con cara de preocupación, ten por seguro que estás de mierda hasta el cuello.

El paquete All Indias es el premio gordo, el que todo el mundo escoge cuando sale del instituto. Hay otros exámenes de acceso a lo largo del año para todo tipo de carreras, uno para Derecho, otro para el Ejército, otro para inspectores de lavabos... Pero el All Indias era lo mejor de lo mejor, por el que conseguía mayores ingresos en todo el año. Era la puerta de acceso para las mejores universidades, para los futuros más brillantes, para el tipo de vida que llevaban los blancos. Yo disponía del paquete All Indias: cinco exámenes por módulos hechos por mí. Ofrecía los habituales exámenes de inglés y de hindi, a pesar de que cualquier zoquete podía aprobarlos. Más allá de eso, ofrecía matemáticas, economía y finanzas, los exámenes que te permitían huir de la India, mi especialidad. Pero también llevaba a cabo cualquier otra combinación de asignaturas que se les ocurriese, artísticas, científicas; sin problemas, todo cuanto quisiesen y donde lo quisiesen.

Si quedabas entre los Mil mejores tenías el futuro asegurado. Las McMansiones de Nueva Jersey te estaban esperando, junto al SUV Chevrolet y los conciertos de violín de tus hijos a los que no acudirías jamás.

Las escuelas en las que estudiaban aquellos que quedaban entre los Cien mejores tenían moldes de yeso de sus caras colgando de las paredes. A sus profesores los entrevistaban en la televisión, como si hubiesen sido testigos de la

exitosa separación quirúrgica de dos hermanos siameses o hubiesen participado en las conversaciones de paz entre Israel y Palestina. Aumentaban sus sueldos y creaban *apps* educativas.

¿Y los que quedaban entre los Diez mejores? Se hacían famosos al instante.

Tenía que escoger con mucho cuidado a mis clientes. Si la cosa se torcía y no me pagaban, mi año al completo se iba al traste.

Esos chicos, sin embargo, eran demasiado codiciosos para hacerlo mal. La gente con la que había que tener cuidado era aquella que empezaba a hablarte de tradiciones y de *dharma* y te llamaba «*beta*, hijo», y toda esa mierda. De esos era de los que había que huir. Tenía muy malos recuerdos del hijo de uno de los consejeros del alcalde. Muchos gritos, muy desagradable. Nada de políticos.

Mi formulario era muy exhaustivo. Número de la Seguridad Social, detalles de la identificación Aadhaar, legales e ilegales, historial escolar y referencias. Le pagaba a un contacto que tenía en Hacienda para que me pasase informes. Todos mis clientes tenían el historial delictivo típico de la clase media. Algún que otro soborno aquí y allá para permisos de construcción o a escuelas privadas para evitar los exámenes de admisión o a gobiernos locales para hacerse pasar por una casta inferior y así reducir las cuotas de admisión... Las mierdas habituales que hacen de este un gran país, como los pesticidas en la leche que le añaden un problema de por vida al carácter, la determinación y el comportamiento de tus hijos.

Todo el mundo sabe lo que hace que la India sea un gran país. China tiene a los comunistas en el poder, Xi Dada y sus colegas; Europa tiene plazas y museos de arte; Estados Uni-

dos tiene carne de ternera y tetas y dinero. Nosotros tenemos democracia. Discutimos interminablemente. Hablamos de ocho mil tipos diferentes de mierdas, nos insultamos, hacemos que las cosas pasen. Este es el país de los acuerdos. En este país hablamos. Todo ladrillo tiene que estar medio cocido, en todo edificio podría faltar el interior, construimos basándonos más en las creencias que en el cemento, pero lo conseguimos igualmente, a mitad de precio, en la mitad de tiempo.

Firmamos el contrato. Me llevé un puñado de los libros de texto del muchacho. Me echaron del apartamento. Me fui a casa dispuesto a pasar el mes siguiente llenándome la cabeza con todos esos temas, comiendo comida basura y abriéndome paso hacia una vida mejor tanto para mí como para las generaciones de Kumar por venir, para que pudiesen erigirme estatuas e invocarme como su auspicioso ancestro en los servicios religiosos: el hombre que trajo fortuna a la familia y le dio lustre a nuestro apellido.

De hecho, para poder explicar con precisión cómo me metí en este jaleo y acabé perdiendo el dedo, tendría que remontarme más atrás en el tiempo, más allá incluso de Rudi, trazar la historia de mis orígenes. Mi familia siempre ha sido pobre hasta allí donde puedo recordar. Corrían rumores, como suele pasar con todas las familias. De esos rumores que dicen que en el pasado fuimos poetas o que descendemos de conquistadores, de griegos o británicos o rusos, y que nuestra pobreza es algo puramente pasajero. Lo que pasa es que esa pobreza pasajera acabó convirtiéndose, en nuestro caso, en algo completamente permanente.

Nuestro negocio era el té. Desde hacía generaciones, ven-

díamos esa fragante hierba que hechiza tanto a ricos como a pobres, a cualquiera que...

De acuerdo, acabamos metidos en el negocio del té, pero la cosa no empezó ahí. Mi padre había trabajado construyendo carreteras. Se hizo polvo la espalda y se quemó las manos mucho antes de que yo naciese, seguramente porque se emborrachó y cayó inconsciente dentro de alguno de los barreños de alquitrán que utilizan para asfaltar. En la India no nos ponemos guantes. Recuerdo cómo intentaba mi padre cerrar los dedos amorosamente cuando se encargaba de mí por las noches... Sí, me pegaba, es cierto. Era un experto en cruzarte la cara con el revés de la mano, un golpe indio famoso en todo el mundo. Pero su mano, paralizada hasta formar una garra invertida, incapaz de doblar los dedos, con los músculos tensos, la piel brillante debido a las cicatrices, hacía que el golpe fuese más duro, me provocaba un dolor inimaginable, como si no se tratase de una mano sino de un instrumento especialmente diseñado para golpear que él podía utilizar a voluntad.

Un inicio inmejorable para una vida de torturas intermitentes.

No llegué a conocer a mi madre. Murió en el parto. Además, mi padre no tenía nada bueno que decir de ella. En una ocasión en la que lo enfadé por algún motivo, tal vez porque perdí un grano de pimienta o dejé que la leche hirviera en exceso, dijo: «Es estúpido, estúpido, como su madre. Ella tenía ojos de vaca y pestañas largas. Tendría que haberme dado cuenta, ¿verdad?», y sus clientes rieron con ganas y él me zurró un poco más fuerte esa noche, por lo que su mano me hizo más daño del habitual, y después pudo odiarme incluso con algo más de inquina.

Por lo general, los puestos en los que se vende el té tienen

nombres, Singh's o Lalit's, pero el nuestro no tenía, así que yo pensaba que nos conocían como «El puesto donde el dueño odia a su hijo, ya sabes, el que está cerca de la Puerta de Cachemira».

¿Qué más? ¿Yo?

No tiene sentido describirme. Era bajito y tenía los ojos marrones. Ahora soy más alto y tengo los ojos marrones. En aquella época llevaba unos vaqueros de sexta mano con agujeros en la entrepierna y chancletas de plástico con los dedos encogidos. ¿Lo empezáis a entender?

Mi padre y yo vivíamos en un cubo de cemento de una sola habitación. Para llegar a él tenías que recorrer un callejón, después otro y otro más, un lugar al que las guías occidentales denominaban como «la auténtica India», con montañas de especias, mujeres con saris color mango, hombres que olían a gomina e incienso y arrastraban vacas tras ellos, majestuosas y gordas; uno de esos lugares en los que los blancos bajan de sus *jeeps* con aire acondicionado y dicen sentirse «conmovidos» por lo que ven y lo que oyen.

Esa India, mi India, huele a mierda. Huele a país desaparecido. Todos los sueños han cuajado y se han apelmazado como queso *paneer* rancio. Huele como si todos los habitantes se hubiesen colocado con cannabis, alcohol e incienso. Y existe solo para convertir el trigo, el maíz y el arroz en niños y mierda. Bebes, apuestas, ves partidos de críquet y te juegas un dinero que no tienes, linchas a los musulmanes, pegas a tus hijos y, cuando creces, haces lo mismo que hicieron tus padres.

Mi padre y yo íbamos al templo todas las mañanas. Eso tengo que reconocérselo al muy capullo. Siempre muy religioso, una de las pocas cosas que estoy seguro que heredé de él; bueno, hoy en día voy al templo siempre que puedo.

Todas las mañanas hacía sonar la campana en la entrada del templo (otros padres se subían a sus hijos a los hombros para que fueran ellos los que la tocaran; mi padre no era de esos) y nos quitábamos los zapatos y esperábamos que siguiesen donde los habíamos dejado al salir del templo. Mi padre dejaba unas pocas monedas en el cepillo, una cantidad miserable incluso entonces, antes de que la India se viese acosada por la inflación y por los McDonald's y por niños con acento estadounidense en los centros comerciales. Una leve inclinación frente a la diosa, oscura y triunfante pues sabía que sus tigres acabarían con la vida de los demonios o de los hombres que osasen mirarle los pechos. Yo rezaba para que se acabasen las bofetadas, para tener dinero y para poder escapar. Mi padre rezaba para tener éxito con el té, para no pillar la sífilis y para que su único hijo no fuera un completo idiota cuando se hiciese mayor.

Al menos rezábamos por causas reales, tangibles. Mucho mejor que los que gastaban millones de rupias todos los días rezando para que sus hijos fuesen buenas personas, impartiesen conferencias TED, tuvieran matrimonios satisfactorios y otras chorradas de ricos.

Entonces empezamos a vender té. De la noche a la mañana. No muy lejos de allí, los cambistas estafaban a los turistas en la Puerta de Cachemira. Trasladamos nuestro pequeño puesto de té rodante, con la pintura agrietada y descolorida, recorrimos callejones estrechos donde se notaba más la contaminación, donde distantes vigilantes nocturnos y lecheros y lavanderos gritaban como fantasmas, anunciándose, amenazándose entre sí, haciéndose bromas.

Mi padre pedaleaba en la bici, estirando las piernas cuando pasábamos por encima de socavones, todos sus músculos trabajando al unísono, dando la impresión de ser, de la cabe-

za a los pies, una única maquinaria que convertía el alcohol en dinero. Yo lo seguía, trotando tras él como un perro rabioso que hubiese olisqueado una bolsa de comida, mientras observaba los cables eléctricos que pendían sobre nuestras cabezas, enmarañados y dispersos, y también los aviones que se disponían a aterrizar en el aeropuerto. Cuando llegamos al lugar asignado, acordado con mi padre mediante una sutil negociación y varios de los famosos sopapos de revés, siempre tenía que limpiarme de las piernas la tierra y la basura que, dentro de un millón de años, se comprimiría hasta formar petróleo.

Estábamos justo en el límite de la Vieja Delhi, donde lo medieval daba paso a la modernidad. En la calzada, impacientes hombres bigotudos pasaban zumbando en motocicletas Honda Hero, que sus dueños mantenían de una pieza gracias a la cinta adhesiva y a las plegarias. Las mujeres vigilaban sus bolsos y llevaban las llaves de casa en la mano como si fueran navajas, para herir a cualquier hombre que se les acercase demasiado. A los niños de mi edad, montados de cinco en cinco en *rikshaws*, los enviaban al colegio con sus uniformes azules y grises y verdes, los mocos colgándoles de la nariz, muy repeinados con gomina, cargados con fiambresas llenas de *chapati* y curri vegetariano preparado por sus amorosos padres.

Ese era su mundo, una India que parecía a un siglo de distancia de nosotros. Eso era lo único que podía ver de ese mundo, apenas un breve vistazo, un par de veces al día. Jamás formaría parte de él.

Porque yo formaba parte de la clase media muy muy baja. Mi padre tenía un negocio, es cierto, que yo acabaría heredando. No nos moríamos de hambre, no éramos intocables ni indigentes, pero tampoco íbamos a ninguna parte.

Los grandes movimientos sociales pasaban de largo. Independencia, socialismo, capitalismo, todo era exactamente lo mismo para nosotros. Mi vida consistía en moler especias para el té.

Incluso ahora, una década después de aquel último día, cuando le dije a mi padre que le podían dar por culo, puedo recordar perfectamente aquella mezcla para el té. Tres partes de cardamomo verde, tres partes de hinojo, dos partes de clavo, dos partes de canela china, media parte de pimienta en grano y media parte de cardamomo negro. En el suelo, todos los días, todas las horas, todo el tiempo en que estaba moliendo la mezcla, preparado para cualquier petición, un servidor. Que Dios se apiadase de ti si cometías un error. A esas alturas ya sabías cuál iba a ser tu recompensa.

Tenía una piedra que era la que utilizaba para moler las especias, demasiado grande para un niño, gruesa, pesada y de un gris oscuro con pequeñas vetas blancas que la recorrían como las marcas de celulitis en los muslos de un político. Me pasaba el día encorvado detrás del puesto y convertía en polvo las especias. Al finalizar el día, me dolía mucho la espalda. Por la noche tenía pesadillas que yo iba materializando poco a poco en una joroba, a pesar de que, sumido en la total oscuridad, antes de que se despertase mi padre, intentaba estirar la espalda todo lo posible apuntando con mis manos y mis pies hacia China y Pakistán, como hacen los occidentales que practican *bikram* yoga al amanecer para solucionar sus problemas de lumbares.

—¡Aquí no vendemos polvos de supermercado, señor! —gritaba mi padre—. Todo recién preparado por ese niño enano que tengo ahí detrás. ¡Eh, rata! ¡Enséñale a este señor tus músculos! ¡Ja, ja! —A veces caían unos pocos insectos, un

poco de tierra, algún escupitajo que otro en la mezcla; por accidente, claro está.

Mi odio podría haber convertido a la India en líder mundial de energías renovables.

—¡Té chai caliente! ¡Té chai frío! ¡Chai de jengibre para los enfermos! ¡Chai con leche para los deprimidos! ¡Muy bueno! ¡Muy bueno! ¡Todo el día, todos los días!

Mi padre gritaba durante horas y nunca sufría ronquera. Cantaba música de películas cuando el negocio iba bien, elogiaba a los dioses, elogiaba a la India, afirmaba que el Partido Popular Indio perdería las próximas elecciones, que todos nuestros jugadores de críquet eran gordos e inútiles, que hacían todo lo posible para ahogar a los millones de competidores. Suponía que todos ellos provocaban que el odio creciese en el interior de sus hijos y que llegaría un día en el que nos uniríamos y les cortaríamos el cuello a nuestros padres y teñiríamos de rojo la leche de búfalo y beberíamos con ganas el té del parricidio.

Todos los días, mi padre se colocaba tras su descolorida olla de cobre, el quemador Bunsen le calentaba las pelotas, hervía la leche y la aguaba lo justo para que nadie pudiese quejarse. Todavía hoy en día soy incapaz de resistir el olor de la grasa requemada, ni tampoco ver la espuma de la leche hirviendo. Le pasaba un puñado de especias machacadas y molidas cada cinco minutos. Le pasaba con mucho cuidado el tarro cerrado del azúcar granulado, apelmazado por la humedad —un par de bofetadas, demasiado lento, «¡Lo has tirado, ahora vendrán bichos!»—, sucralosa para los corpulentos nuevos ricos, tazas y jarras, diferentes mezclas de té...

Ofrecíamos seis mezclas. Cada jarra tenía enganchada una imagen de periódico del dios o la diosa responsable de los buenos augurios correspondientes. Uno prometía rique-

za; otro, buena salud; otro, un montón de hijos salidos de tus entrañas; otro, amor, afecto, los favores de la rolliza secretaria tras el mostrador a la que te querías tirar. Podía uno suponer que todas las mezclas salían del mismo sitio. Al té del amor le añadíamos unos pétalos de rosa para darle algo de color. Lo cobrábamos un 50% más caro. ¡Quince rupias la taza! ¿Te lo puedes creer? ¡Un robo en toda regla! ¡Nunca nadie lo pedía, pero aun así! Mejor eso, sin embargo, mejor nuestros pequeños fraudes indoloros que lo que decían que los chinos les hacían a los tigres para elaborar té de viagra o lo de engañar a los granjeros para robarles sus córneas.

Todos los días, desde la mañana hasta la noche, atrapado tras el puesto de té. Podría haber estado explorando la Vieja Delhi, recorriendo callejones sombríos y entrando en mansiones abandonadas, con sus gruesos muros desparejados para el gusto británico, robando libros enmohecidos en el mercado, escuchando por casualidad los planes de robos a ladrones e *hijras*, aprendiendo místicos secretos en verso cantados por sufíes de aspecto deshidratado, apostando mugrientas rupias en riñas de gatos o de perros o de gallos o de hombres, pero en lugar de eso machacaba especias todo el día y me pegaban.

Al menos mis dedos olían como el popurrí que puedes encontrar hoy en día en las mejores casas; suelen llamarlo «Fantasía oriental» o «Aventura étnica». Algo es algo.

Algunos días podía librar. No era ninguno de los días festivos multiculturales señalados por el Gobierno, sino los días en que mi padre se emborrachaba y yo no era capaz de despertarlo. Tenía que zarandearlo con todas mis fuerzas. ¿Todo un día de trabajo perdido porque no podía despertarlo? Oh, eso hacía que las cosas fuesen un poco más difíciles.

Por aquel entonces, yo iba al colegio. Aprendí cómo era el mundo más allá de Delhi. Aprendí a leer y a escribir. Me perdí en los libros. Una institución benéfica me tomó una foto y la puso en sus carteles, esos en los que se ve a niños flacuchos cuyos problemas desaparecen, «apartados por completo de sus deprimentes vidas», gracias a haber leído cuatro páginas de *La pequeña oruga glotona*.

El negocio iba bien, pero dónde iba a parar el dinero eso sí que no lo sé. Por no tener, no teníamos ni lavabo donde mear. A mi padre le encantaba orinar en la puerta de sus enemigos o de las casas de los prestamistas, o en sus caras, como él decía, cuando estaba borracho por la noche y se dejaba llevar por sus fanfarronadas, que principalmente iban sobre engatusar a mujeres y partirles la cara a otros hombres en sus gloriosos días de juventud.

Era muy mujeriego. No hacía nada en casa. ¿Quién lavaba mi ropa? ¿De dónde sacábamos el jabón? ¿Y la comida? No recuerdo a mi padre cocinando. ¿A qué ama de casa había engatusado? ¿Qué mujer le daba su cena por la noche?

¿Dónde nació mi padre? No lo sé.

¿Qué fue de su vida? Ya lo verás.

No teníamos televisor. Las familias pobres solían tener uno en blanco y negro, por lo menos, pero mi padre no. Tan solo tenía una radio donde se ponía al corriente de los marcadores de los partidos de críquet para poder apostar. Sale el jugador Tendulkar, a Ramesh le dan una paliza. Sale Sehwaag, a Ramesh le dan una paliza. Dravid nunca salía. Por eso me gustaba ese jugador.

No teníamos cocina. Tan solo un hornillo de gas en el que mi padre se dignaba calentar *chapatis* cuando le daba por ahí, algo que solía suceder cuando había alguna mujer cerca.

Fue la habitación más barata y sencilla que pudo encontrar.

Era el año 2005, pero podríamos haber estado viviendo allí un siglo antes. En 2005, los estadounidenses perfectamente podían estar en sus casas, compradas mediante hipotecas de alto riesgo, masturbándose con Jessica Alba sin ser conscientes de que el futuro iba a ser negro y marrón y amarillo. Incluso a escasos kilómetros de donde vivíamos, estúpidos adolescentes indios disfrutaban de sus iPods y escuchaban a Blink 182. Y nosotros ¿qué hacíamos?

Nada. No teníamos dinero. No pasábamos hambre, no, pero... Qué clase de vida era esa. Ni un solo minuto de ocio. Siempre haciendo algo: comprando té, vendiendo té, deprimidos, llorando, dando palizas, viviendo una vida que no iba a ninguna parte. Mi pesadilla consistía, literalmente, en convertirme en mi padre, que mis manos se convirtiesen en garras como las suyas, que mi pecho se cubriese de pelo negro como el suyo, que mis ojos y mi cara y mi cerebro se convirtiesen en los suyos. Cabía la posibilidad. Podría haber sido así. Podría ser como él en la actualidad, rabioso, sin nada, pobre...

Pero esta no es una historia sobre pobreza. Esta es una historia sobre riqueza.